

Con estas ideas, un día se acercaron á Jesus diciéndole: "¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos?" Y llamando Jesus á un niño lo puso en medio de ellos. Y dijo: "En verdad os digo que si no os volviereis é hicieréis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos. Y el que recibiere un niño tal en mi nombre, á mi me recibe. Y el que escandalizare á uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno y lo anegaran en el profundo del mar."

Jesus, con estas palabras, les manifiesta que su reino es todo celestial; y para reprimir su vanidad y orgullo, les pone delante un niño y les dice que para que puedan entrar al reino de los cielos, es preciso que ellos sean por voluntad y por amor á él, lo que los niños son por edad.

El Salvador, pues, se complacía en tener cerca de sí á los niños. Una vez le presentaron unos para que los tocase; pero los apóstoles, que los miraban con desprecio, los reñían; pero Jesus les dijo: "Dejad á los niños, y no les estorbeis de

venir á mí; porque de los tales es el reino de Dios. Y en verdad os digo: que el que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él." Y abrazándolos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía.

Jesus ama á los niños con predileccion porque la inocencia tiene tantos atractivos y encantos, como horrores el vicio. ¡Feliz el niño que sabe guardar su corazón y su inocencia, porque éste es el mayor tesoro, que puede tener, de todo cuanto existe!



XXI.

ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEM.

La entrada del hombre Dios en la ciudad santa, es el principio de esa serie de acontecimientos, dignos á la vez de admiracion y de tristeza; de regocijo y de dolor; de llanto y de pesar, en que el alma

se conneve, llora y sus lágrimas no bastan para conmemorar esta época divina y santa de la vida del Redentor,

Jesús había hecho muchos milagros; había resucitado muchos muertos; los ciegos veían, los cojos andaban, los sordos oían, y por todas partes, y á cada paso se encontraban las huellas y prodigios de su bondad y de su poder. Los Escribas y Fariseos que no podían oponerse á la solícita decision con que el pueblo seguía á Jesucristo, buscaba la manera de perderle. Entre tanto, mientras esto pasaba, Jesús se disponía á entrar en Jerusalem, en donde sabia que le esperaban sus enemigos para inmolarle; pero era preciso que las profecias se cumplieran, y que su hora se acercara. Cuando ya estuvo cerca de Jerusalem, mandó á dos de sus discípulos diciéndoles: "Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla y traedmela. Y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle que el Señor los ha menester, y luego los dejará. Y fueron los discípulos é hicieron como se los había mandado Jesús. Y trajeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicie-

ron sentar encima. Y una gran multitud del pueblo tendió sus ropas en el camino, y otros cortaban ramos de los árboles y los tendían por el camino. Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás gritaban diciendo: "Hosana al hijo de David; bendito el que viene en nombre del Señor; Hosana, en las alturas." Y cuando entró en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad diciendo; "¿Quién es éste?" Y los pueblos decían: "Este es Jesús, el profeta de Nazareth de Galilea."

Pero todo este regocijo y alegría se cambia: el mismo pueblo que le ensalzaba, que regaba su camino de ramos y de palmas, y que entonaba Hosanas y Glorias, pedía su sangre, y le condenaba á muerte pocos días despues.

Así cambia constantemente el espíritu del hombre, y si esto le ha pasado al Hijo de Dios, al Dios mismo, ¿qué esperais vosotros, mis queridos niños? ¿qué esperais? Llorad y sufrid; pero llorad y sufrid con resignacion, y llenos de fé y esperanza en Aquel que todo lo puede, cuya grandeza es suprema, y cuyo amor es infinito.



Invo
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Co

El
La
El
El
Las
El
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

XXII.

LA CENA DEL SEÑOR.

Este pasaje de la vida de Jesus, es el más grande, el más sublime, el más santo que se registra en los anales de la humanidad. El hombre que habia pasado su vida llevando la paz y la felicidad por todas partes, recogiendo las lágrimas de los desgraciados, prometiéndoles el reino de los cielos, pregonando las dulzuras del amor, del perdon y la misericordia, dando á todas horas ejemplo de abnegacion, de sacrificio y obediencia á la ley, es el Hombre Dios, que anunciado previamente por los suyos, marcha á Jerusalem, para celebrar la Pascua, y entregarse al martirio.

Y el día habia llegado. La fiesta del Cordero Pascual no podia efectuarse en otra parte más que en Jerusalem, Jesus envió á Pedro y á Juan diciendo: «Id á aparejarnos la Pascua para que comamos.» Y ellos dijeron: «¿En donde quieres que la aparejemos? Y

les dijo: Luego que entreis en la ciudad encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle hasta la casa en donde entrare. Y decid al padre de familia de la casa: «El maestro te dice: ¿en dónde está el aposento donde tengo de comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una grande sala aderezada: disponedla allí. Y ellos fueron y lo hallaron así como les habia dicho, y prepararon la Pascua: Y cuando fué hora, esto es, puesto ya el sol, y entre dos luces, se sentó á la mesa, y los doce apóstoles con él. Y les dijo: He deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca. Porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios. Es decir, ésta es la última Pascua que celebraré yo con vosotros; porque debo partir luego al cielo, á prepararos otra suerte de banquete, que será el entero cumplimiento de esta Pascua figurativa.»

Cuando estaba en la mesa, y al fin de la cena, tomó Jesus el pan, y lo bendijo, y lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed: este es mi cuerpo» Y tomando el cáliz dió gracias, y se los dió, diciendo: «Bebed de este to-

Invo

Intr

de

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

ca

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

Cap

Con

El

La

El

El

Las

El

El

El

Los

El

El

La

La

El

El

Las

dos. Porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos, (esto es por todos) para remision de pecados.

No es posible permanecer indiferente á la vista de esta escena tan tierna, tan conmovedora y tan elocuente. Jesus por todas partes hace prodigios: multiplica los panes y los peces á las orillas del lago de Tiberiades, para saciar el hambre de las turbas que le seguían; en Caná de Galilea convierte el agua en delicioso vino; sube al Tabor y se trasfigura y va á celebrar la Pascua á Jesuralem, y ántes de entregarse para que lo sacrifiquen hace el más grande de todos los milagros: dá á sus discípulos su cuerpo y su sangre, instituyendo así el sacramento de la divina Eucaristía, que ha de permanecer con nosotros hasta la consumacion de los siglos.



XXIII.

JESUS LAVA LOS PIES A SUS APOSTOLES.

Todos los actos de la vida de Jesucristo llevan consigo el sello del amor, de la humildad y de la grandeza.

Antes del día de la fiesta de la Pascua, esto es, el juéves por la tarde, sabiendo Jesus que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre; habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Es decir, quizo darles al fin de su vida muestras más particulares de su amor. Y acabada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazon á Júdas, hijo de Simon Izcariotes, que lo entregase. Sabiendo Jesus que el Padre le habia dado todas las cosas, en las manos, que de Dios habia salido, Y á Dios iba, se levantó de la cena y se quita sus vestiduras, esto es, el manto ó ropa que podia servirle de embarazo para la obra que iba á hacer, y tomando una tohalla, se la ciñó. Echó despues agua en un lebrillo y comenzó á lavar los

piés de los discípulos y á limpiárselos con la toalla con que estaba ceñido. Vino, pues, á Simon Pedro. Y Pedro le dice: "Señor, tú me lavas á mi los piés? Respondió Jesus, y le dijo: "Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, más lo sabrás despues." Pedro le dice: no me lavarás los piés jamás. Jesus les respondió: si no te lavare no tendrás parte conmigo. Simon Pedro le dice: Señor, no solamente mis pies, mas las manos tambien y la cabeza. Jesus le dice: el que está lavado no necesita sino lavar los piés, pues está todo limpio. Y vosotros, limpios estais, mas no todos. Porque sabia quien era el que lo habia de entregar; por esto dijo "*no todos estais limpios.*" Y despues que le hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa, volviéndose á sentar á la mesa les dijo: ¿sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro os ha lavado los piés, vosotros tambien debéis lavar los piés los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado para que como yo os he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais. En verdad, en verdad os digo: "El siervo no es mayor que su Señor, ni el enviado es ma-

yor que aquel que lo envió. Si esto sabeis, bienaventurados sereis si lo hicieris.

He aquí el acto más grande de humildad que puede presentarnos el Salvador del mundo; porque si él es nuestro Señor, nos manifiesta claramente que debemos practicar tan grande virtud, siendo él quien es, ¿por qué nosotros nos negamos á hacer esto con nuestros semejantes, cuando á cada momento y cada paso los offendemos? Ya veis mis queridos niños que la humildad es el acto más grande, más noble y más digno de nuestro sér. Sed humildes y sereis grandes; sed buenos, y sereis dichosos.



XXIV.

LA ORACION DEL HUERTO.

Había llegado el momento del sacrificio empezado en el pesebre de Belem, y

Inro
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Co

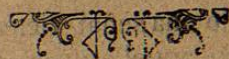
El
La
El
El
Las
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

que debía terminar en las cumbres del Gólgota.

Despues que hubo acabado la ceremonia del lavatorio, Jesus habló á sus discipulos y les predijo las aflicciones y sufrimientos que deb'an tener por la sola confesion de su fé y de su nombre. Les anunció la pérfida traicion de Júdas, y luego que dió gracias se levantó de la mesa, y seguido de sus discipulos atravezó el torrente Cedron que corría entre Jerusalem y el monte de los Olivos, al pié del cual se hallaba el huerto de Gethsemaní, á donde entró Jesus, y dijo á sus discipulos: "Sentaos aquí mientras yo voy allí y hago oracion." Y tomando consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, empezó á entristecerse y angustiarse. Y entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí, y velad conmigo." Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro, é hizo oracion y dijo: "Padre mio si es posible pase de mí este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como tú." Y vino á sus discipulos y los halló dormidos, y dijo á Pedro: ¿Así no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no entreis en ten-

tacion. El espíritu, en verdad, pronto está; mas la carne enferma." Se fué de nuevo segunda vez, y oró, diciendo: "Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad." Y vino otra vez, y los halló dormidos: porque estaban cargados los ojos de ellos, Y los dejó, y de nuevo fué á orar tercera vez, diciendo las mismas palabras. Y le apareció un ángel del cielo que le confortaba. Y puesto en agonía oraba con mayor vehemencia. Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra.

Jesus en estos momentos sufría y oraba y estaba lleno de angustia y de tristeza; mas su congoja no venía del horror que tenía á la muerte, sino del peso de nuestros pecados que había cargado sobre sí para aplacar la cólera del Padre, y hacer la redencion.



Invo
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cor

El
La
El
El
Las
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

XXV.

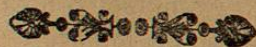
TRAICION DE JUDAS.

Eran mas de las once de la noche cuando Jesus fué entregado á sus enemigos por este apóstol, el cual tan solo había esperado la oportunidad para hacerlo.

Hallábase todavía el Señor en el Huerto de Gethsemaní cuando por tercera vez vino á sus discípulos y les dijo: "Dormid ya y reposad." Basta: la hora es llegada: ved que el Hijo del Hombre va á ser entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos. He aquí el que me ha de entregar, está cerca: Y estando él aun hablando, llega Judas Izcariotes, uno de los doce apóstoles y con él grande tropel de gente con espada y palos, de parte de los príncipes de los Sacerdotes y de los Escribas y de los ancianos. Y el traidor les había dado una señal, diciendo: "Aquel que yo besare, aquel es; prendedle. Y llevadle con cuidado. Y cuando llegó, se acercó luego á él y dijo: "Maestro, Dios te guarde y le besó. Entonces ellos le echa-

ron las manos y le prendieron. Jesus no por esto se mostró indignado; al contrario, vió á Judas con cierta compasion y ternura, y le dijo: "Amigo mio, ¿á que has venido.?"

Estas palabras tan llenas de amor y de dulzura, de parte del Redentor, no hicieron, sin embargo, impresion ninguna en el corazón de Judas, cuando tan hipòcritamente habia vendido á su divino Maestro; lo que prueba el grado de dureza á que puede llegar la ingratitude humana y la bondad tan grande de Jesus, enseñándonos con su ejemplo á bendecir y amar á nuestros enemigos, por muchos que sean los males que nos hagan.



XXVI.

PEDRO NIEGA A JESUS.

Los Escribas y los ancianos se reunieron en la casa de Caifás, en donde esperaban con ansia el momento en que Je-

sus les fuese entregado para juzgarlo, satisfaciendo así sus deseos de venganza, tanto tiempo ocultos por los que se llamaban representantes del pueblo.

Mientras esto pasaba, los discípulos huyen y se ocultan, y solo Pedro, recordando su promesa, vuelve en sí, y haciendo un grande esfuerzo, sigue, aunque de léjos, á su divino Maestro.

Los soldados de los sacerdotes, armados, como hemos dicho, de palos y espadas, llevan á Jesus á casa de Caifás, el cual lo manda, como un testimonio de respeto á la autoridad, á su suegro Anás, y éste, á su vez, lo vuelve á la casa de aquel, en donde los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban algun falso testimonio contra Jesus para entregarlo á la muerte. Asi es que por esto, unos testigos falsos dijeron: "Nosotros le hemos oido decir: "Yo destruiré este templo hecho de manos, y en tres días edificaré otro no hecho de mano;" y no se concertaba el testimonio de ellos. Y levantándose en medio el sumo sacerdote, preguntó á Jesus, diciendo: "No respondes alguna cosa á lo que estos atestigüan contra tí? Mas él callaba,

y nada respondió. Le volvió á preguntar el sumo sacerdote, y le dijo: ¿Eres tu el Cristo, el Hijo de Dios vivo? Y Jesus le dijo: "Yo soy; y vereis al Hijo del Hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y venir con las nubes del cielo." Entonces el Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo: "Que necesitamos ya de testigos? Habeis oido la blasfemia. ¿Que os parece? "Y le condenaron todos ellos á que era reo de muerte. Y algunos comenzaron á escupirle, y cubriéndole la cara, le daban golpes y le decían: "adivina," y los ministros le daban de bofetadas.

Y estando Pedro abajo en el atrio llegó una de las criadas del Sumo Sacerdote, y cuando vió á Pedro que se calentaba, clavando en él los ojos, le dijo: "Y tú con Jesus Nazareno estabas." Mas él lo negó, y dijo: "Ni le conozco, ni sé lo que dices." Y se salió delante del atrio, y cantó el gallo. Y viéndole de nuevo la criada, comenzó á decir á los que estaban presentes: "Este, de ellos es;" mas él lo negó otra vez. Y poco después los que allí estaban decían á Pedro: "Verdaderamente tú de ellos eres, porque eres

Inro
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cor

El
La
El
El
Las
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

tambien galileo. "Y él comenzó á maldecirse y á jurar: "No conozco á ese hombre que dices." Y en el mismo punto cantó el gallo la segunda vez. Y se acordó Pedro de la palabra que Jesus le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces." Y comenzó á llorar.

Júdas y Pedro, como hemos visto, son los apóstoles que mas se habian distinguido en la historia de Jesucristo: el uno por su traicion; el otro por su arrepentimiento y su amor; pues Júdas, no procurando el remedio á su pecado, cuando comprendió su crimen, se entregó á la mas grande desesperacion y se ahorcó; en tanto que Pedro llora amargamente su falta, y la llora tanto, que Dios le perdona, y le hace príncipe de los apóstoles.

Así, mis buenos lectorcitos, en vuestras faltas no os desesperéis: arrepentios, llorad, para que Dios os perdone y seais felices.



XXVII.

SENTENCIA DE JESUS.

Los acontecimientos que acabamos de referir pasaban entre miércoles y juéves; y á la mañana siguiente en que se reunieron los príncipes de los Sacerdotes, los Escribas y ancianos, y todo el concilio, hicieron atar á Jesus y lo llevaron á Pilato, y este le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judios?"—Y él, respondiendo, le dijo: Tú lo dices. "Y los príncipes de los Sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Y Pilato otra vez le preguntó diciendo. ¿No respondes nada? Mira de cuantas cosas te acusan." Mas Jesus ni aun con eso respondió, de modo que se maravillaba Pilato. Pero acostumbraba en el día de la fiesta dar libertad á uno de los presos, cualquiera que ellos pidiesen. Y habia uno llamado Barrabás que estaba preso, con otros sediciosos, por haber hecho una muerte en una revuelta. Y como concurriese el pueblo, co-

menzó á pedirle la gracia que siempre les hacia, y Pilato le respondió y dijo: "¿Quereis que os suelte al rey de los Judios?" Porque sabia que por envidia le habian entregado à los príncipes de los Sacerdotes. Mas los Pontífices incitaron á la gente para que les soltase ántes á Barrabás. Y Pilato les respondió, y les dijo otra vez: "¿Pues que quereis que haga del rey de los Judios?" Y ellos volvieron á gritar: "Crucificalo" Mas les decia Pilato. ¿Pues que mal ha hecho? Y ellos gritaban mas: "Crucificalo." Y Pilato, queriendo contentar al pueblo, les puso en libertad á Barrabás; y despues de haber hecho azotar á Jesus, le entregó para que le crucificasen, y los soldados le llevaron al átrio del pretorio, y convocaron toda la corte. Y le vistien de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron, y comenzaron á saludarle. "Dios te salve, rey de los Judios;" y le herian la cabeza con una caña, y le escupian, é hincando la rodilla le adoraban. Jesus, entre tanto, sufrió todas estas injurias con una paciencia y resignacion admirables. San Juan escribe muchas cosas

que respondió el Señor en este tiempo; así es que, cuando San Marcos dice que nada respondió á Pilato, se debe entender, como dicen los expositores sagrados, en cuanto miraba á las acusaciones que le hacian, porque estas, como falsas, no necesitan respuesta. Por eso vosotros, mis queridos niños, si alguna vez teneis que sufrir la burla y el martirio por el bien que hagais, seguid el ejemplo de vuestro divino Salvador. Sed como el sándalo, esparcid más aroma mientras mas os hieran.



XXVIII.

CRUCIFIXION DE JESUCRISTO.

El pueblo habia pedido á Pilato que crucificaran á Jesus, y era preciso que sus deseos fueran satisfechos. Jesus el Hijo de Dios, el Santo de los Santos, el que por todas partes habia derramado la